

El mar que nos trajo

Griselda Gambaro

Estudio: **Silvina Marsimian**

Prólogo: **Silvia Hopenhayn**

Por Silvia Hopenhayn

Las novelas del mar siempre tienen algo para decirnos, como si las olas murmuraran en su constante devenir. Desde Homero hasta Shakespeare, Michelet, Virginia Woolf, o los grandes escritores marítimos, Stevenson, autor de *La isla del tesoro* y los *Cuentos de los mares del Sur*, Melville y su ballena blanca, *Moby Dick*, el joven marinero Jim, de Joseph Conrad. ¿Será que la identidad más profunda se juega en altamar? ¿O acaso el famoso "tierra a la vista" es también el descubrimiento del propio destino?

Si bien resulta provocador –y rebatible– el comentario del escritor mexicano Carlos Fuentes, "los argentinos vienen de los barcos", es una manera de indicar una procedencia múltiple. Ciertamente es que en los barcos llegaron a la Argentina las grandes corrientes migratorias a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y nuevas oleadas a comienzos del XX. El barco se convirtió en un puente en movimiento, un lugar de nostalgia y revelación. La tristeza de partir se combinaba con la de renacer en otra parte, o la alegría de irse con la incertidumbre de lo que vendrá.

Quizá *El mar que nos trajo* sea una de las novelas argentinas más representativas de ese vaivén, dando cuenta de la fragilidad y el poder de los lazos,

la doble cara de la oportunidad. Escrita con la firmeza de la imaginación y una prosa precisa y poética, Griselda Gambaro convirtió la historia de sus antepasados en la novela de su vida. Parece haber escuchado el *murmullo del mar* como *eco de su memoria* y su pluma –barca de sus pensamientos–, se echó a andar. En sus frases despuntan los sentimientos más profundos que el silencio suele albergar. Su novela forma parte de la biblioteca de nuestra historia, enriquecida con el vivo testimonio de la ficción.

El mar que nos trajo comienza con las campanadas del destino que a veces superponen acontecimientos irreconciliables: Agostino recibe una oferta para embarcarse como marinero de Génova a Buenos Aires al mismo tiempo que se casa con la mujer que ama, Adele. ¿Cómo vérselas con el comienzo de un amor y la oportunidad de mejorar sus vidas yéndose a buscar mejor suerte del otro lado del Atlántico? Separados por el mar y una esperanza, la historia de Agostino se divide, la de Adele se suspende, y las mujeres se duplican. Ella permanece en la isla de Elba, junto con la idea del hijo que faltaba concebir. Y en Buenos Aires Agostino, mientras pinta un barco, intenta retenerla pronunciando su nombre empapando el pincel en la pintura. La evocación de Adele se diluye, su memoria ya no la puede retener como si el mismo oleaje del mar se la llevase.

Pronto encontrará a Luisa, joven inmigrante florentina. El devenir se acelera. Tienen una hija, Natalia, y eligen juntos “los primeros muebles en los que transcurre la vida”, pero nuevamente la vida parece desarmarse allí mismo donde se tejía el porvenir.

Las mujeres de Agostino, una de cada lado del océano, son las verdaderas protagonistas del mar; lanzan redes de

amor en un ámbito hostil donde se combina el fervor anarquista con la penuria social en plena Semana Trágica. Ellas permanecen mientras que Agostino oscila sin saber dónde quedarse. Cuando vuelve a partir, arrastrado por los hermanos de Adele que lo vinieron a buscar –como si a la fuerza se reparasen los olvidos y los compromisos no pudieran dejar de cumplirse–, Natalia se quedará sin su padre. Este vivirá añorándola en Italia, del otro lado del océano.

Tristeza, amor y necesidad se distribuyen entre las familias paralelas.

Luisa acude al puerto en busca del amor perdido, hasta que finalmente, asume el abandono. Del otro lado, Agostino se consuela con el retrato de su hija, instalado en la repisa de la chimenea, mientras Adele lo mira furtivamente, con la extrañeza del respeto hacia los seres amados por los otros.

La llegada de dos nuevos hijos, de cada lado del océano, augura futuros reencuentros, viajes que anudan lazos desperdigados, como si la separación y la pérdida obtuvieran el consuelo en las generaciones venideras.

“El mar, siempre vuelto a empezar”, escribe el poeta Paul Valéry, y de este modo se entrelazan las olas migratorias con las del océano; los que llegan, no siempre vuelven, los que se van, no necesariamente regresan. Vidas singulares, como la de Agostino, Adele, Luisa –y la propia autora de esta novela– forman parte del oleaje de la humanidad. En este caso, las generaciones de inmigrantes italianos de las primeras décadas del siglo XX.

El mar que nos trajo da cuenta del azar de los encuentros y las penurias por sobrevivir. Pero así como las olas despiertan al mar, el ímpetu de la añoranza renueva los vínculos y la

entrañable novela de Griselda Gambaro demuestra cómo se puede ligar lo que empezó en distintos lugares cuando subyace un resto amoroso que busca afincarse en algún rostro, una mirada.

*... ed io vorrei che pure a te venisse,
ora, di me un'eco di memoria,
come quel buio murmure di mare.*

S. QUASIMODO

Un murmullo de mar, un eco de memoria.

En el verano del 89 se produjeron dos acontecimientos importantes en la vida de Agostino cuyo transcurso no le había deparado sufrimientos ni alternativas notables. En primer lugar, su futuro cuñado intercedió ante la compañía naviera en la que trabajaba y le consiguió un contrato como marinero en la línea Génova-Buenos Aires. En segundo lugar, se casó con Adele.

Él tenía diecinueve años y hasta ese momento sólo había conocido la isla y el mar que la rodeaba. Cada atardecer, salvo que el tiempo lo impidiera, salía en barca bajo patrón en jornadas que, según la pesca, concluían al amanecer o al mediodía siguiente. Se trabajaba mucho y se ganaba poco. En cambio, marinero en un buque de ultramar, su porvenir sería distinto, y bien lo sabía por los paisanos embarcados que cada dos o tres meses regresaban a la isla con provisiones exóticas, regalos y dinero en el bolsillo. Decían que el trabajo distraía de la ausencia.

Agostino recibió las felicitaciones de sus compañeros, ligeramente resentidas en los más jóvenes que envidiaban un destino semejante. A dos o tres podría sonreírles la fortuna, como había sucedido con

Agostino, pero la mayoría poco conocería del mundo. Ellos estarían condenados al mismo ritmo de trabajo toda la vida: la pesca, la venta a precios viles y el ocio destinado al arreglo de las redes. Sólo tenían a su favor el mar habitualmente sereno, pero que de vez en cuando también se encabritaba.

Agostino estaba muy enamorado de Adele, que había cumplido diecisiete años. Cuando la familia de ella impuso el casamiento, Agostino aceptó. El padre y los dos hermanos mayores, Cesare y Renato, en una reunión sólo de hombres, dijeron: Adele era honesta, el viaje sería largo, un novio que parte no otorga la misma seguridad de un marido que parte. En este caso estarían los votos de fidelidad pronunciados, el compromiso asumido ante Dios de una vida compartida hasta la muerte. Tenían rostros severos, discurso solemne, y Agostino no hubiera podido escapar de la reunión sin acceder al casamiento. Pero él también lo deseaba, brillaban sus ojos cuando estrechó las manos del padre y de los hermanos de Adele, cuando brindaron con vino antes de llamar a las mujeres.

Ellas acudieron y se unieron al brindis con un fondo de vino en los vasos. Agostino miró furtivamente a Adele, no para avizorar su sonrisa feliz sino su cuerpo generoso, los senos firmes bajo el vestido. Falto de aire, respiró con la boca abierta. Se moría de calentura por Adele, a la que nunca dejaban sola. De ella sólo había tocado los dedos de su mano porque los ojos escrutadores de la madre o de la abuela no los abandonaban un instante, fijos y recelosos como si un suspiro de distracción pudiera desencadenar una hecatombe. Conocía

la voz de Adele, un poco ronca, pero esa voz nunca le decía sino palabras que todos podían escuchar. La deseaba, íntima y secreta, con tanta fuerza como deseaba su cuerpo.

Decidida la boda, los padres de Adele completaron las piezas del ajuar, cedieron el mejor cuarto de la casa y la fiesta se celebró un día luminoso de fines de verano que terminó en lluvia, Agostino un poco incómodo en su terno nuevo, sin más ojos que para Adele, vestida de novia.

Un mes después debía partir. Adele lloró la noche previa y cuando oyó el ruido del carromato que venía a buscarlo para conducirlo al pequeño puerto de la isla, se tendió en la cama y ocultó el rostro arrasado en lágrimas. Él la consoló como pudo y partió.

Embarcado hacia Buenos Aires, no tuvo mucho tiempo de pensar en ella. Trabajó duramente. Sin puesto fijo en ese vapor que llevaba emigrantes, empezaba antes del amanecer baldeando la cubierta, lustrando los broncees en la cabina de mando, en los salones y el comedor de primera.

Luego, apenas amanecía, Agostino y sus compañeros expulsaban a los emigrantes de los dormitorios comunes donde flotaban los olores rancios de una noche compartida, densa de multitud, de malestares provocados por la alimentación, el movimiento del barco. Y si el mar había estado agitado durante la noche y varias mujeres habían quedado postradas por el mareo, las obligaban a levantarse. Con guiños por encima de sus cabezas, las tomaban de la cintura acompañándolas hasta el pie de la escalerilla: a tomar

aire, aconsejaban, que el aire les quitaría la náusea, el color muerto del rostro.

El dormitorio vacío, limpiaban a baldazos los pisos de chapas metálicas invisibles bajo una costra de pintura gris. Agostino y sus compañeros trabajaban rápidamente y sin miramientos, si alguien había olvidado un atado de ropa sobre el piso en lugar de resguardarlo encima de la litera, quedaba empapado y barrido como el resto. Cuando llegaban a los dormitorios de hombres, sólo deseaban terminar: si un viejo permanecía en la litera lo ignoraban; dejaban húmedas y a veces con charcos las planchas del piso.

A media mañana, Agostino bebía un café, comía media hogaza de pan, y cuando creía que era su oportunidad de fumarse un cigarro, lo mandaban a la sala de máquinas o de pinche en la cocina. Entonces añoraba las horas previas al amanecer, cuando lustraba los broncees en la cabina de mando, en los salones y el comedor de primera. Estaba descansado, el ruido y la agitación eran mínimos. Y a veces, mirando por el ojo de buey el mar en calma imaginaba que no había partido, que lo contemplaba desde la playa de arena y piedras romas.

Acostumbrado a la soledad de la isla, Agostino sentía irritación y hasta agobio ante esa muchedumbre de emigrantes que no tenía otro sitio donde pasar el día que la cubierta. Apenas iniciado el viaje, cada familia había buscado su hogar, refugio y punto firme en la inseguridad del barco, había armado su reducto llevando a cubierta sus objetos preciosos que no abandonaban de la mano, amén de sillas, mantas, lienzos que daban protección cuando la lluvia castigaba o el sol picaba fuerte.

Aturdían a Agostino tantas voces interpelándose a los gritos, voces vivaces o tristes que discutían o conversaban para abreviar el tiempo que no transcurría nunca. Sólo en la noche cerrada, cuando las mujeres dormían con los niños en los dormitorios comunes y los hombres las deseaban en los suyos, el silencio permitía oír, sordo y constante, el rumor sereno del vapor en su marcha. A veces, un breve momento, Agostino se apoyaba en la borda antes de acostarse rendido, y mirando el agua oscura trataba de recordar a Adele, pero siempre la fatiga lo vencía.

A poca distancia de Río de Janeiro, después de una jornada extenuante, el contraamaestre lo despertó con una orden que Agostino consideró injusta y casi se fueron a los puños. Pasó los días de anclaje en el puerto encerrado en un cubículo que servía para trastos y calabozo. Cuando salió, la costa paralela al barco era apenas un borde ondulado a la distancia.

En Santos vio una tierra roja y un puerto tropical donde la selva casi podía tocarse, tan próxima asomaba detrás de unos galpones pintados de verde. Pero se le antojó un pobre paisaje comparado con su isla.

Cuando sus compañeros obtuvieron permiso para bajar a tierra, él debió quedarse de guardia en la cubierta, junto a la escalerilla de descenso. No lo lamentó demasiado porque, de bajar, hubiera terminado acostado en el lecho de una mujer extraña. Quiso recordar a Adele, pero sólo recordó su llanto la última noche.

Al llegar a Buenos Aires, un compañero lo llevó a casa de unos parientes lejanos. Los recibieron con hospitalidad y la sobremesa duró mucho, conversando sobre

un pueblo que no era el de Agostino sino otro, tierra adentro. Mientras los demás hablaban y el país natal se tornaba región incomparable, los ojos de Agostino seguían a una muchacha que servía la mesa y traía los platos desde la cocina. No se sentó con ellos. Era delgada, de rasgos afinados y cabellos castaños. Cuando sus ojos encontraban a los de Agostino, bajaba la vista y enrojecía vivamente. Dejó caer un plato y los dueños de casa la reprendieron de una manera familiar, apenas ruda. Al despedirse, Agostino le preguntó su nombre, que había sonado con frecuencia cuando le ordenaban: trae el vino, trae la pasta. Ella recogía la mesa y sus manos temblaron. —Luisa —dijo, sin volverse. Hacía tres años que estaba en la Argentina, era de Florencia, y le habían pagado el pasaje para que ayudara en la casa y atendiera a los niños. No cobraba sueldo y sin disgusto dormía en la cocina. Pero esto Agostino lo supo después.

En el puerto, sentado desde el amanecer en un andamio sobre el agua, Agostino pintó una parte de la proa con otro marinero, mientras pensaba en la muchacha de cabellos castaños que enrojecía vivamente. A cada movimiento del pincel empapado en la pintura de olor penetrante se decía que no volvería a verla. Murmuró Adele, pero el nombre no le trajo su presencia.

Cuando a media tarde se desocupó y le concedieron permiso para bajar a tierra, se lavó y cambió de ropa, abandonó el barco y se apostó frente a la casa, la misma casa de balcones y altas puertas cuyos dueños le provocaron de pronto una irresistible antipatía. Las palabras condescendientes, apenas rudas, apenas mordaces, ante un plato roto.

Sostenido por una infinita paciencia extraña a su carácter, desarmado de pensamientos, permaneció inmóvil frente a la casa. De vez en cuando se frotaba las manos y alzaba la cabeza fugazmente para distinguir la variación de la luz. Fue atardeciendo, pero antes de que cerrara la noche, ella salió. Llevaba un delantal con pechera sobre el vestido gris y cargaba un canasto de compras. Descubrió a Agostino en la vereda de enfrente y una llamarada le subió al rostro. Iba a tomar a la derecha, hacia el almacén de la esquina, y torció a la izquierda, acelerando el paso. Él la siguió.

Luisa no volvió a la casa ni él al barco. Cuando a Agostino se le terminó el dinero, ella estaba embarazada. Se lo confesó una noche con un sentimiento de culpa. Oyó su risa: —Suele pasar —se burló Agostino, poniéndole la mano en el vientre. Y ella, llena de gratitud, se dijo que no lo merecía. Él se durmió pronto, con la sombra de una preocupación en la sonrisa que ella no vio en la oscuridad.

A la semana siguiente, Agostino consiguió trabajo en la carbonería de un piamontés, dejaron la pensión en la que habían vivido hasta entonces y alquilaron una pieza en una casa de inquilinato.

Con buena voluntad, mirándolo a los ojos, el piamontés le concedió un adelanto sobre el sueldo. Zanjaron la deuda en la pensión y compraron los primeros muebles en los que transcurre la vida: una mesa, una cama, dos bancos de madera. Luisa dijo que ella siempre había trabajado, no había razón para no hacerlo ahora. En lugar de lavar y planchar sólo la ropa de Agostino, lavaría y plancharía otras, y con una de sus

avaras sonrisas agregó que sería de gente que amaría menos. Él la miró dubitativo, pero no se opuso porque la necesidad era grande. De pronto rio y la amenazó en broma: a nadie debería amar *más* que a él. Y ella enrojeció y los ojos se le nublaron: la sola idea, aun en broma, de que ella pudiera amar a alguien más que a Agostino le resultaba terrible.

Cada quincena, Agostino descargaba los carros de carbón. Llegaban al amanecer y él los esperaba en la puerta de la carbonería con una bolsa de arpillera doblada sobre el hombro. Apenas oía el rechinar de las ruedas sobre los adoquines, sacaba a la calle un gran cesto de tejido apretado y empuñaba la pala. Llevaba el cesto en repetidos viajes a través de una escalera que descendía a un depósito oscuro. Alzaba en el sótano una montaña de carbón, de piedras sueltas. Luego, con menos fatiga, descargaba otra parte en el local sobre la calle. Cuando terminaba, el piamontés aparecía y movía la cabeza en un gesto de aprobación. Durante el día, bajo la mirada del piamontés, Agostino vendía el carbón al menudeo, pesándolo en una romana de fiel inestable cuando era poca cantidad, o en la balanza de piso cuando era mayor. Regresaba con el pelo endurecido, el rostro tiznado. Su pañuelo se impregnaba de una humedad oscura y viscosa. Siempre tenía las uñas sucias y se las miraba con tristeza.

Él pensaba a veces en Adele y en los hermanos de Adele, a quienes temía. Hombres severos, de pocas palabras, el honor de Adele contaba para ellos como el propio honor. Sin embargo, protegido por la distancia, Agostino se sentía en seguridad. Difícil trasladar el agravio

al lugar distante del castigo o la reparación. Cesare y Renato no viajaban hacia América, los dos estaban embarcados en un buque de la compañía cuyo trayecto empezaba en Génova y terminaba en Trípoli.

Pasados los meses, en el cuarto del inquilinato nació una niña a la que llamaron Natalia. Después del nacimiento, Luisa se afeó un poco, estaba muy delgada y tosía por las noches. Agostino le dijo que debía ver a un médico y le propuso una visita al hospital, pero ella palideció al oír el nombre de ese sitio donde uno moría y repuso que siempre había tosido según la época.

Y él la burló tomándola en sus brazos. —Según la época —repitió mientras remedaba su acento de vocales abiertas, sin poder desechar una leve inquietud. Él la seguía amando, amaba sobre todo su cabello espeso que llevaba en rodete y que cuando se desnudaba le caía hasta la cintura.

Ella era una mujer de índole apacible. Reía poco (la risa no me pertenece, solía decirse), con tanta vergüenza que cubría su boca con el dorso de la mano. Nunca se contemplaba en el espejo sin la sensación de estar en falta, demasiado afilada su nariz, demasiado juntos los ojos pequeños, demasiado impreciso el contorno de sus labios. Pero no se atrevía a desearse dis tinta porque Agostino la amaba.

Al mes del nacimiento de la niña, retomó su trabajo. Agostino no protestó. Frotándose el hombro que sentía resentido, no le concedió la gracia de oponerse como ella esperaba. Dijo con sequedad: —Está bien —y Luisa levantó al bebé en brazos para ocultar su decepción; no supo de la íntima congoja de Agostino incapaz de

procurarle ocio y holgura. El piamontés desparramaba simpatía pero pagaba malamente.

Luisa recogía la ropa de casas acomodadas y la lavaba en los piletones de cemento al aire libre, en el fondo del patio. Las vecinas más bondadosas no se rebelaban ante los piletones ocupados, uno con la ropa en remojo, otro con la ropa para enjuagar; observaban sus brazos frágiles, su torso huesudo y callaban, permitiéndose a lo sumo un suspiro de fastidio. No terminaría nunca con tan poco cuerpo.

Ella aprovechaba la ausencia de Agostino, el sueño de Natalia, cada instante del día. Estiraba la ropa empapada en almidones con una plancha de hierro que calentaba en un brasero de carbón, y la devolvía puntualmente recorriendo largas distancias para no gastar en el tranvía. El ruido y el movimiento de las calles la asustaban, pero se guardó de confesar sus temores a Agostino. No era dada a exigir ni a quejarse porque de donde venía, una Florencia aldeana y pobre, la resignación se aprendía en la cuna, junto al primer balbuceo. Sufría calladamente cuando le retaceaban el pago y debía volver golpeando las puertas con una mansa insistencia de mendiga. Sufría calladamente cuando el brasero, en los días de verano, aumentaba el calor, o el agua helada del invierno endurecía sus manos.

Por su parte, Agostino encontraba que la vida era demasiado penosa; Luisa estaba excesivamente delgada para su gusto, tanto que al tocarla sentía menos pasión; su cabello, cuyos extremos ella quería cortar porque le pesaba en la nuca, decía, se había vuelto opaco. Ella tenía cinco años más que él, y Agostino empezó a